

Ref. 06/97

Roma, 23 de junio 2006
Fiesta del Sagrado Corazón

Queridas hermanas:

Nuestra fiesta nos une de una manera especial y nos gusta celebrarla sintiendo el latido de Dios en el corazón del mundo, en la Sociedad, en cada una de nosotras, llamadas a descubrir y manifestar su amor hoy al estilo de Jesús.

Habitamos diferentes lugares del mundo. Entre todas, poseemos la mayor parte de tipos de piel, ojos y cabello que embellecen con su variedad la raza humana. Nuestras culturas son diversas y tenemos la suerte de compartirlas con el mundo entero. Somos mujeres que vivimos con la conciencia de ser parte de todo lo creado: la naturaleza es nuestro hogar y la gente, los otros, los distintos, son un don complementario. Sentimos que la creatividad de Dios nos necesita a todos para manifestar su amor en esta única historia que compartimos con todos los hombres y mujeres de la tierra.

Nuestro servicio como Consejo nos regala constantemente la posibilidad de “tocar” este milagro que es la Sociedad! tan inculturada y tan hondamente unida por la savia del amor del corazón de Dios!. Durante el mes de mayo, hemos tenido un tiempo significativo de reflexión: primero recogiendo los valiosos aportes de las reuniones regionales (provinciales y nueva generación) y luego un grupo de 11 (de 10 países) buscando juntas cómo concretar de otra manera la visión y esperanza que hemos tenido desde que concebimos la Comisión Sophia. En otra carta a las provinciales informaremos lo sucedido, aquí sólo queremos compartirles cómo hemos experimentado la vitalidad y actualidad del carisma. Por eso hemos decidido que la carta de este año sería de todas nosotras y no sólo de Clare.

Comenzamos la reunión sobre el futuro de “Sophia”, rezando con un texto de Dolores Aleixandre que recoge la visión fundacional de Magdalena Sofía a modo de una carta suya dirigida a nosotras:

“Hoy quiero hablaros de cómo fue mi primer proyecto en torno a lo que luego sería la Sociedad del Sagrado Corazón: siempre tuve una gran atracción por permanecer delante de Jesús en la Eucaristía, con mi mirada interior dirigida sólo a El, sencillamente en su presencia, sabiéndome bajo su mirada y envuelta en su amor. Me sentía llamada a estar sencillamente en su presencia, unida a El, dejando que su vida y los sentimientos de su corazón entraran en mí, como un canal que recoge el agua de una fuente, como un leño que se deja abrasar por el fuego.

Pero lo mismo que un incendio se propaga o, si una piedra cae en el agua crea círculos concéntricos que cada vez llegan más lejos, sentía que la presencia de Jesús, el “peso” de su amor en la

Eucaristía, iba extendiéndose y alcanzando a cada persona hasta los confines de la tierra. Y por eso también allí era posible reconocerle y adorarle.

Me ilusionaba entonces la posibilidad de reunirme con un grupo de mujeres que compartieran esos mismos deseos, para poder estar día y noche en adoración. Y así, aunque fuéramos pocas, El podría servirse de nosotras para incendiar el mundo, para hacer llegar a todos la vida de Dios. Porque lo que yo llamo “adoración” no tiene nada de pasivo, al revés, nos saca de nosotras mismas para hacernos entrar en comunión con Jesús y con sus intereses, se apodera de nuestra capacidad de querer y nos convierte en personas cordiales y comprensivas, llenas de ternura y de compasión hacia los otros.

Me imaginaba ese grupo de 24 compañeras pero, en el fondo, pensaba que era muy poco... Y fue en uno de esos tiempos de oración en los que llevaba el mundo entero conmigo, especialmente a los jóvenes, cuando escuché en mi interior: ¿y si tuviéramos gente joven con nosotras y llegáramos a contagiarles este “espíritu de adoración”, este deseo de dar al mundo la buena noticia del amor de Dios?. Si emprendiéramos, junto con ellas, la tarea de reparar el tejido tan destruido de las relaciones, sanar tantas vidas heridas, ayudar a ponerse en pie a tanta gente deshecha... ¡Qué diferente sería entonces!

Y me puse a soñar con algo que parecía imposible: centenares, miles de “adoradoras” de todas las naciones y culturas, hasta los confines de la tierra, dispuestas a desvivirse por un mundo más fraterno, atentas al latido del Corazón de Dios en el corazón del mundo...

Por eso nunca me contenté con educar mujeres muy completas, muy competentes, "muy bien educadas"... porque lo que yo quiero de verdad es “educar adoradoras”. ¿Quieres ser tú una de ellas?”.¹

Este texto enmarcó toda nuestra búsqueda y tiñó el tono de toda la reflexión. Juntas fuimos reconociendo y pronunciando nuestras diferencias de contexto y cultura, la variedad de formas en que podemos expresar nuestra espiritualidad, los distintos acentos que los diferentes entornos requieren de nosotras. Pero, al mismo tiempo celebramos volver a constatar que *una misma sangre corre por nuestras venas*, las venas de este cuerpo llamado Sociedad. ¡Bendita multiculturalidad que nos permitió gozar de este tesoro común! Y por eso, sentirnos unidas más profundamente.

A lo largo de los días fuimos sintiendo más y más cómo la justicia y la paz están en el *centro* de nuestra espiritualidad, están íntimamente ligadas al amor y el llamado a encarnarlas fluye del Corazón abierto de Jesús. Lo mismo podemos decir de la educación. Nosotras no concebimos la educación sólo como una


¹ Dolores Aleixandre, “El árbol peregrino” pag. 132

En estos días hemos sentido un especial llamado a la contemplación, a ahondar en nuestra espiritualidad, a reconocernos en ella con todas nuestras diferencias culturales y contextuales y por ello con toda la riqueza de sus múltiples expresiones. Damos gracias porque en muchos rincones del mundo intentamos vivir como Jesús, con sus sentimientos, con sus actitudes, con un corazón que se deja afectar por el sufrimiento y las alegrías de este mundo. Y el deseo de contagiar a miles de adoradoras/es sigue vivo en todas nosotras.

Con todo cariño, muy unidas en nuestra fiesta



Clare Pratt, rscj



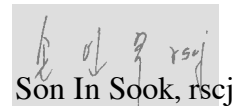
Jane Maltby, rscj



Marisa Sacerdote, rscj



Mariado Górriz, rscj



Son In Sook, rscj